

minotauro

# URSULA K. LE GUIN

CIUDAD  
DE ILUSIONES



# URSULA K. LE GUIN

CIUDAD DE ILUSIONES

minotauro

*Ciudad de ilusiones*

*City of Illusions*

Copyright © 1967, 1995 by Ursula K. Le Guin

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034  
Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rafael Marín

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

ISBN: 978-84-450-1243-7

Depósito legal: B. 8.062-2022

*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

Imagina la oscuridad.

En la oscuridad que se extiende desde el sol, despertó un espíritu mudo. Completamente inmerso en el caos, no conocía ninguna forma. No tenía ningún lenguaje y no sabía que la oscuridad era la noche.

Mientras aquella luz que no recordaba brillaba a su alrededor, se movió, arrastrándose, corriendo a veces a cuatro patas, irguiéndose en ocasiones, pero sin ir a ninguna parte. No sabía nada del mundo en el que se hallaba, pues un camino implica un comienzo y un final. Todas las cosas a su alrededor estaban enmarañadas, todas las cosas se le resistían. En la confusión de su ser, se sentía impulsado a moverse por fuerzas para las que no tenía nombre: terror, hambre, sed, dolor. A través del oscuro bosque, avanzó en silencio hasta que lo detuvo la noche, que era una fuerza superior. Pero, cuando la luz comenzó de nuevo, continuó. Cuando salió a la súbita y amplia luz del Claro, se irguió y se detuvo un instante. Entonces se llevó las manos a los ojos y gritó.

Mientras tejía en su telar en el jardín iluminado, Parth lo vio en la linde del bosque. Llamó a los demás con un rápido tono mental. Pero no le tenía miedo a nada y, para cuando los demás salieron de la casa, ya había cruzado el Claro para dirigirse a la zafia figura agazapada entre las altas y maduras hierbas. Mientras se acercaban, le puso la mano en el hombro y se agachó junto a él para hablarle suavemente.

Se volvió hacia los demás con aspecto asombrado y dijo:

—¿Veis sus ojos...?

Eran ojos extraños, en efecto. La pupila era grande; el iris, de color ámbar grisáceo, era ovalado en horizontal, de modo que el blanco del ojo no se veía.

—Como un gato —dijo Garra.

—Como un huevo todo yema —dijo Kai, dando voz a la leve sensación de inquietud provocada por esa pequeña y esencial diferencia. Por lo demás, el extraño parecía solamente un hombre, bajo el barro, los arañazos y la mugre que había acumulado en la cara y en el cuerpo desnudo en su deambular sin rumbo por el bosque; como mucho tenía la piel un poco más clara que la gente cobriza que ahora lo rodeaba y discutía sobre él en voz baja mientras se acurrucaba a la luz del sol, temblando de agotamiento y de miedo.

Aunque Parth lo miró directamente a los extraños ojos, no había en ellos ninguna chispa de reconocimiento humano. Era sordo a su habla y no comprendía sus gestos.

—Imbécil o loco —dijo Zove—. Pero también tiene hambre. Eso podemos remediarlo.

Tras estas palabras Kai y el joven Thurro condujeron medio arrastrando al desaliñado individuo a la casa. Allí, junto con Parth y Castaña, consiguieron alimentarlo y lavarlo, y lo metieron en un camastro con una dosis de droga del sueño en las venas para que se quedara allí tranquilo.

—¿Es un shing? —le preguntó Parth a su padre.

—¿Lo eres tú? ¿Lo soy yo? No seas ingenua, querida —respondió Zove—. Si pudiera contestar a esa pregunta, podría liberar la Tierra. Sin embargo, espero descubrir si está loco o si está cuerdo o si es imbécil, de dónde procede y cómo es que tiene esos ojos amarillos. ¿Les ha dado a los hombres por mezclarse con gatos y halcones en la degenerada vejez de la humanidad? Pídele a Kretyan que suba a los porches de dormir, hija.

Parth siguió a su prima ciega Kretyan escaleras arriba hasta el balcón fresco y en sombras donde dormía el extraño. Zove y su hermana Karell, llamada Castaña, estaban esperando allí. Ambos estaban sentados con las piernas cruzadas y la espalda recta, Castaña jugando con su telar, Zove sin hacer nada: hermano y hermana, ricos en años, sus rostros anchos y oscuros alertas y muy tranquilos. Las muchachas se sentaron cerca sin romper el cómodo silencio. Parth era de un color rojo cobrizo y tenía una larga melena de brillante pelo negro. No llevaba más que unos pantalones anchos de color plateado. Kretyan, un poco mayor, era morena y frágil; una banda roja cubría sus ojos vacíos y echaba hacia

atrás su tupido cabello. Como su madre, llevaba una túnica de tela delicadamente bordada. Hacía calor. La tarde de mediados de verano ardía en los jardines bajo el balcón y en los campos del Claro. Por todas partes, tan cerca de aquella ala de la casa como para que sus ramas y hojas le dieran sombra, tan lejos en otras direcciones como para volverse azul y brumoso en la distancia, el bosque los rodeaba.

Las cuatro personas permanecieron sentadas en silencio durante un rato, juntas y separadas, mudas pero conectadas.

—La cuenta de ámbar sigue resbalando en la pauta de la Vastedad —dijo Castaña con una sonrisa, soltando el telar con sus hilos entrecruzados ensartados de joyas.

—Todas tus cuentas terminan en Vastedad —dijo su hermano—. Es un efecto de tu reprimido misticismo. Acabarás como nuestra madre, seguro, capaz de ver las pautas en un telar vacío.

—De reprimido, ni un pelo —replicó Castaña—. No he reprimido nada en mi vida.

—Kretyan —dijo Zove—, los párpados del hombre se mueven. Puede que esté en un ciclo de sueño.

La muchacha ciega se acercó al camastro. Extendió la mano y Zove la guio amablemente hasta la frente del desconocido. Todos volvieron a guardar silencio. Todos escucharon. Pero solo Kretyan podía oír.

Alzó por fin la cabeza ciega.

—Nada —dijo, con la voz un poco forzada.

—¿Nada?

—Una confusión, un vacío. No tiene mente.

—Kretyan, déjame decirte qué aspecto tiene. Sus pies han caminado, sus manos han trabajado. El sueño y la medicina relajan su rostro, pero solo una mente pensante podría usar y desgastar un rostro hasta producirle esas arrugas.

—¿Cómo era cuando estaba despierto?

—Se le veía asustado —dijo Parth—. Asustado, asombrado.

—Puede que sea alienígena —comentó Zove—, no terrestre, aunque ¿cómo podría ser eso posible?... Pero puede que piense de manera diferente a nosotros. Inténtalo una vez más, mientras está soñando.

—Lo intentaré, tío. Pero no siento ninguna mente, ni ninguna verdadera emoción o dirección. La mente de un bebé asusta, pero esto... es peor: oscuridad y una especie de vacío confuso.

—Bueno, entonces sal —dijo Zove tranquilamente—. El vacío sin mente es un lugar maligno para que esté una mente.

—Su oscuridad es peor que la mía —confesó la muchacha—. Esto que tiene en la mano es un anillo...

Había colocado la mano durante un instante sobre la del hombre, por pena o como si pidiera su silencioso perdón por escuchar sin permiso sus sueños.

—Sí, un anillo de oro sin marca ni diseño. Era todo lo que llevaba encima. Además de su mente, tan desnuda como su carne. Así que el pobre bruto viene a nosotros desde el bosque... Pero ¿quién lo ha enviado?

Toda la familia de la Casa de Zove excepto los niños pequeños se reunieron esa noche en el gran salón de abajo, donde las grandes ventanas perma-

nećían abiertas al húmedo aire nocturno. La luz de las estrellas y la presencia de árboles y el sonido del arroyo entraban en la sala tenuemente iluminada, de modo que entre cada persona y la siguiente, y entre las palabras que se decían, había cierto espacio para las sombras, el viento de la noche y el silencio.

—La verdad, como siempre, evita al extraño —les dijo el señor de la casa con voz grave—. Este extraño nos permite elegir entre varias opciones improbables. Puede ser alguien idiota de nacimiento que ha llegado aquí por casualidad. Pero entonces, ¿quién lo perdió? Puede ser un hombre cuyo cerebro haya quedado dañado por un accidente o al que se lo hayan alterado adrede. O puede ser un shing que enmascara su mente fingiendo una amnesia. O puede que no sea ni un hombre ni un shing. Pero entonces, ¿qué es? No hay pruebas a favor ni en contra de ninguna de estas ideas. ¿Qué haremos con él?

—Ver si se le puede enseñar —dijo la esposa de Zove, Rossa.

Metock, el hijo mayor del señor, habló:

—Si se le puede enseñar, entonces no será de fiar. Puede que lo hayan enviado aquí para aprender nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestros secretos. El gato educado por los amables ratones.

—Yo no soy un ratón amable, hijo mío —dijo el señor—. Entonces, ¿crees que es un shing?

—O su herramienta.

—Todos somos herramientas de los shing. ¿Qué harías con él?

—Matarlo antes de que despierte.

El viento soplaba débilmente, un chotacabras llamó en el húmedo Claro iluminado por las estrellas.

—Me pregunto —dijo la mujer más vieja— si podría ser una víctima, no una herramienta. Tal vez los shing destruyeron su mente como castigo por algo que hizo o pensó. ¿Deberíamos entonces acabar con su castigo?

—Sería una clemencia más auténtica —dijo Metock.

—La muerte es una clemencia falsa —dijo amargamente la mujer más vieja.

De modo que discutieron el asunto durante un rato, con ecuanimidad pero también con una gravedad que incluía tanto la preocupación moral como una atención más ansiosa, nunca declarada pero insinuada cada vez que uno de ellos pronunciaba la palabra *shing*. Parth no participó en la discusión, pues solo tenía quince años, pero escuchaba con interés. Sentía compasión por el desconocido y quería que viviera.

Ranya y Kretyan se unieron al grupo; Ranya había estado haciendo todas las pruebas psicológicas que pudo al desconocido, asistida por Kretyan por si podía captar alguna respuesta mental. Tenían poco que informar de momento, aparte de que el sistema nervioso del extraño y los sentidos y la capacidad motora básica parecían normales, aunque sus respuestas físicas y su capacidad motora eran similares, quizás, a las de un niño de un año, y ningún estímulo en el área del habla había obtenido ninguna respuesta.

—La fuerza de un hombre, la coordinación de un bebé y una mente vacía —dijo Ranya.

—Si no lo matamos como a una bestia salvaje —dijo Castaña—, entonces tendremos que domarlo como si lo fuera...

Kai, el hermano de Kreytan, tomó la palabra:

—Parece que merece la pena intentarlo. Dejad que los jóvenes nos hagamos cargo de él; veremos qué podemos hacer. No tenemos que enseñarle los Cánones Internos ahora mismo, después de todo. Primero habrá que enseñarle a no mojar la cama... Quiero saber si es humano. ¿Crees que lo es, señor?

Zove se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Los análisis de sangre de Ranya tal vez nos lo digan. Nunca he oído que ningún shing tuviera ojos amarillos o ninguna diferencia visible con los hombres terrestres. Pero si no es ni shing ni humano, ¿qué es entonces? Ningún ser de los Otros Mundos que antaño fueron conocidos ha caminado por la Tierra desde hace mil doscientos años. Como tú, Kai, pienso que me arriesgaría a contar con su presencia entre nosotros por pura curiosidad...

Y así dejaron vivir a su huésped.

Al principio causó pocos problemas a los jóvenes que lo cuidaban. Recuperó fuerzas lentamente, durmiendo mucho, sentado o tumbado tranquilamente la mayor parte del tiempo que permanecía despierto. Parth lo llamó Falk, que en el dialecto del Bosque del Este quería decir «amarillo», por su piel cetrina y sus ojos opalinos.

Una mañana, varios días después de su llegada, al llegar a un trozo sin bordar de la tela que estaba tejiendo, dejó su telar de energía solar que trabajara solo en el jardín y subió al balcón descubierta donde

tenían a Falk. Él no la vio entrar. Estaba sentado en su camastro contemplando intensamente el brumoso cielo de verano. La contemplación hizo que sus ojos lagrimearan y se los frotó vigorosamente con la mano, y al verse la mano se la quedó mirando, el dorso y la palma. Cerró y abrió el puño, frunciendo el ceño. Entonces alzó de nuevo el rostro hacia el resplandor blanco del sol y poco a poco, vacilante, extendió la palma abierta hacia él.

—Eso es el sol, Falk —dijo Parth—. Sol...

—Sol —repitió él, mirándolo, concentrado, el vacío de su ser lleno de la luz del sol y el sonido de su nombre.

Así empezó su educación.

\* \* \*

Parth salió de los sótanos y al atravesar la vieja cocina vio a Falk ante uno de los ventanales, solo, contemplando caer la nieve al otro lado del cristal sucio. Habían pasado ya diez noches desde que golpeó a Rossa y tuvieron que encerrarlo hasta que se calmara. Desde entonces se había mostrado agrio y no quería hablar. Era extraño ver su cara de hombre ensombrecida y obstinada por una cerrazón propia de un niño.

—Ven a sentarte junto al fuego, Falk —dijo Parth, pero no se detuvo a esperarlo. En el gran salón, junto a la hoguera, lo esperó un poco, luego se hartó y buscó algo que la animara. No había nada que hacer:

caía la nieve, todas las caras eran demasiado familiares, todos los libros hablaban de cosas muy antiguas y muy lejanas que ya no eran ciertas. Alrededor de la casa silenciosa y de sus campos se extendía el bosque sigiloso, interminable, monótono, indiferente. Invierno tras invierno, y ella nunca debía salir de esta casa, porque ¿dónde iba a ir?, ¿dónde iba a ir?

En una de las mesas vacías Ranya había dejado su tēanb, un instrumento plano de teclas cuyo origen, según decían, era hainish. Parth eligió un tono en el melancólico modo del bosque oriental, luego devolvió el instrumento a su escala original y empezó de nuevo. No tenía habilidad con el tēanb y encontraba las notas lentamente, cantando las palabras, desgranándolas para mantener la melodía en marcha mientras buscaba la siguiente nota.

*Más allá del sonido del viento en los árboles,  
más allá de los mares ensombrecidos por la tormenta,  
en estrellas de piedra iluminada por el sol, la bella  
hija de Airek aguarda...*

Perdió el tono. Volvió a encontrarlo:

*...aguarda,  
silenciosa, con las manos vacías.*

Una leyenda, quién sabía cuánto tiempo tenía, de un mundo increíblemente remoto. Sus palabras y su música habían formado parte de la herencia del hombre durante siglos. Parth continuó cantando en voz muy baja, sola en la gran sala iluminada por la

hoguera, mientras la nieve y el crepúsculo oscurecían las ventanas.

Algo sonó tras ella y se volvió para ver a Falk allí de pie. Había lágrimas en sus extraños ojos.

—Parth, para... —dijo.

—Falk, ¿qué ocurre?

—Me hace daño —dijo él, volviendo la cara que tan claramente revelaba su mente incoherente e indefensa.

—Vaya cumplido a mi forma de cantar —se burló ella, pero se sintió conmovida y dejó de cantar. Más tarde, esa misma noche, vio a Falk junto a la mesa donde se encontraba el tãanb. Extendió la mano hacia el instrumento, pero no llegó a tocarlo, como si temiera liberar al dulce e implacable demonio que había dentro y que había gritado bajo las manos de Parth y cambiado su voz por música.

\* \* \*

—Mi niño aprende más rápido que tu hija —le dijo Parth a su prima Garra—, pero tu hija crece más rápido. Afortunadamente.

—El tuyo es ya bastante grande —reconoció Garra, mirando más allá del jardín-cocina el arroyo donde Falk jugaba con la hija de un año de Garra sobre los hombros. La tarde de principios de verano cantaba con el chirrido de los grillos y los mosquitos. El pelo de Parth colgaba en negros mechones hasta sus mejillas mientras cruzaba, trenzaba y volvía

a trenzar los hilos de su telar. En el bordador asomaban las cabezas y cuellos de una fila de garzas bailando, hilo de plata sobre gris. A los diecisiete años era la mejor tejedora entre las mujeres. En invierno sus manos estaban manchadas siempre de los productos químicos con los que se hacían sus hilos, fibras y los tintes que los coloreaban, y todo el verano tejía en su telar de energía solar los delicados y variados frutos de su imaginación.

—Arañita —dijo su madre a su lado—, una broma es una broma. Pero un hombre es un hombre.

—Y tú quieres que vaya con Metock a la casa de Kathol y cambie mi tapiz de garzas por un marido, lo sé —respondió Parth.

—Nunca he dicho eso, ¿no? —inquirió su madre, y siguió arrancando hierbajos entre las lechugas.

Falk se acercó con la niña sobre sus hombros, entornando los ojos bajo el sol y sonriendo plácida-mente. La depositó sobre la hierba, como si fuera una persona adulta.

—Aquí hace más calor, ¿verdad?

Entonces se volvió hacia Parth con el grave candor que era característico en él y preguntó:

—¿Tiene fin el bosque, Parth?

—Eso dicen. Los mapas son todos distintos. Pero por allí se encuentra el mar... y por allí la pradera.

—¿La pradera?

—Tierras abiertas, pastos. Como el Claro, pero extendiéndose durante más de mil kilómetros hasta las montañas.

—¿Las montañas? —preguntó él, inocentemente implacable como cualquier niño.

—Colinas altas, con nieve en las cumbres todo el año. Como esto.

Deteniéndose para volver a calibrar su telar, Parth unió sus dedos largos, redondos y cobrizos para dar forma a un pico.

Los ojos amarillos de Falk se iluminaron de repente, y su expresión se volvió más intensa.

—Debajo del blanco hay azul, y debajo de las... las líneas... las colinas lejanas...

Parth lo miró sin decir nada. Buena parte de todo lo que Falk sabía procedía directamente de ella, pues siempre había sido la que le enseñaba. Rehacer su vida había sido efecto y parte del desarrollo de la suya propia. Sus mentes estaban íntimamente entretejidas.

—La veo..., la he visto. La recuerdo —tartamudeó el hombre.

—¿Una proyección, Falk?

—No. No es de un libro. En mi mente. La recuerdo. A veces al quedarme dormido la veo. No sé su nombre: la Montaña.

—¿Puedes dibujarla?

Tras arrodillarse junto a ella, esbozó rápidamente en el suelo el contorno de un cono irregular, y debajo dos líneas de laderas. Garra se acercó a ver el boceto.

—¿Y es blanca por la nieve? —preguntó.

—Sí. Es como si la viera a través de algo..., una ventana grande, grande y alta... ¿Es de tu mente, Parth? —preguntó, algo ansioso.

—No —respondió la muchacha—. Ninguno de nosotros en la casa ha visto jamás montañas altas.

Creo que no las hay a este lado del río Interior. Debe de estar lejos de aquí, muy lejos.

Hablaba como si sintiera un escalofrío.

\* \* \*

Al borde del sueño sonaba una sierra, un leve zumbido irregular, extraño. Falk despertó y se sentó junto a Parth; ambos miraron con ojos adormilados al norte, donde el remoto sonido zumbaba y se difuminaba y las primeras luces hacían palidecer el cielo sobre la oscuridad de los árboles.

—Un aerocoche —susurró Parth—. Oí uno una vez, hace mucho tiempo...

Se estremeció. Falk le pasó un brazo por los hombros, atenazado por la misma inquietud, la sensación de una remota, incomprensible, maligna presencia que corría por el norte hacia el filo del amanecer.

El sonido se alejó. En el vasto silencio del bosque unos cuantos pájaros trinaron en el reducido coro de otoño. La luz al este aumentó. Falk y Parth se tendieron en el calor y la infinita comodidad que a cada uno daban los brazos del otro; solo medio despierto, Falk volvió a sumergirse en el sueño. Cuando ella lo besó y se retiró para iniciar las tareas del día, él murmuró:

—No te vayas todavía..., halconcito, pequeña...

Pero ella se echó a reír y se levantó, y él continuó durmiendo un rato, incapaz de librarse todavía de las dulces y perezosas profundidades del placer y la paz.

El sol iluminó sus ojos. Se dio la vuelta, entonces se sentó bostezando y contempló las hojas rojas del roble que se alzaba junto al porche en que dormía. Fue consciente de que al marcharse Parth había dejado conectado el maestrosueño junto a su almohada; el aparato murmuraba suavemente, revisando la teoría de números cetiana. Eso le hizo reír y el frío de la brillante mañana de noviembre lo despertó del todo. Se puso la camisa y los pantalones (tela gruesa, suave y oscura del telar de Parth, que Castaña había cortado y cosido para él), y se detuvo en la barandilla de madera del porche para contemplar al otro lado del Claro el marrón, rojo y dorado de los interminables árboles.

Fresca, silenciosa, dulce, la mañana era como fue cuando el primer pueblo de aquella tierra despertó en sus frágiles casas puntiagudas y salieron para ver el sol librarse del oscuro bosque. Las mañanas son todas una y el otoño es siempre otoño, pero los años que cuentan los hombres son muchos. Hubo una primera raza en aquella tierra... y una segunda, los conquistadores. Ambas se habían perdido, conquistados y conquistadores, millones de vidas, todas atraídas hacia un vago punto en el horizonte del pasado. Las estrellas se habían ganado y se habían vuelto a perder. Pero los años continuaron, tantos años que el bosque de tiempos arcaicos, destruido por completo durante la era en que los hombres habían hecho y mantenido su historia, había vuelto a crecer. Incluso en la oscura y vasta historia de un planeta tiene importancia el tiempo que tarda un bosque en crecer. Tarda lo suyo. Y no todos los

planetas pueden hacerlo; no es un efecto común, esa mezcla de la primera y fría luz del sol con la sombra y la complejidad de innumerables ramas...

Falk disfrutó de todo aquello, quizás más intensamente porque para él, detrás de aquella mañana, había muy pocas mañanas, tan breves eran los días recordados que lo separaban de la oscuridad. Escuchó el golpeteo de un pájaro carpintero en el roble, luego se desazonó, se rascó vigorosamente la cabeza y fue a unirse al trabajo y compañía de la casa.

La Casa de Zove era una alta granja de madera y piedra; algunas partes tenían un siglo, otras más. Había algo de primitivo en su aspecto: escaleras oscuras, hogares y sótanos de piedra, suelos desnudos de teja o madera. Pero no había nada por terminar en ella; era perfectamente ignífuga y estaba protegida contra las inclemencias del tiempo; y ciertos elementos de su estructura y función eran artilugios o máquinas enormemente sofisticados: las agradables y amarillas luces de fusión, las bibliotecas de música, palabras e imágenes, varias herramientas automáticas o aparatos usados para limpiar la casa, cocinar, lavar y hacer el trabajo de la granja, y algunos instrumentos más sutiles y más especializados que se conservaban en los talleres del ala este. Todas aquellas cosas eran parte de la casa, construidas dentro de ella o junto a ella, hechas en esta o en cualquiera de las otras casas del bosque. La maquinaria era pesada y sencilla, fácil de reparar; solo el conocimiento de sus fuentes de energía era delicado e irremplazable.

Faltaba un tipo de aparato tecnológico. La biblioteca proporcionaba una habilidad con los com-

ponentes electrónicos que se había convertido prácticamente en algo instintivo; a los chicos les gustaba construir pequeñas teles para mandarse señales unos a otros de habitación en habitación. Pero no había ninguna televisión, teléfono, radio, transmisor de telégrafo o receptor más allá del Claro. No había instrumentos de comunicación a distancia. Había un par de deslizadores caseros en el ala este, pero en este caso también formaban parte de los juegos de los niños. Eran difíciles de manejar en el bosque o en los senderos. Cuando la gente iba a visitar y comerciar con otra casa iban a pie, quizás a caballo si el trayecto era muy largo.

El trabajo de la casa y la granja era ligero y no suponía una carga pesada para nadie. La comodidad no iba más allá del calor y la limpieza, y la comida era sana pero monótona. La vida en la casa tenía la mortecina uniformidad de la existencia comunitaria, una frugalidad limpia y serena. La serenidad y la monotonía surgían del aislamiento. Cuarenta y cuatro personas convivían allí. La Casa de Kathol, la más cercana, estaba casi a cincuenta kilómetros al sur. En torno al Claro, el bosque se extendía kilómetro tras kilómetro, cubierto de vegetación, inexplorado, indiferente. El bosque salvaje, y encima el cielo. No había sitio para lo inhumano en ese lugar, ninguna restricción para la vida del hombre, como en las ciudades de etapas anteriores. Para mantener intacto algo de una civilización compleja entre tan pocos había un objetivo singular y muy peligroso, aunque para la mayoría les parecía bastante natural: era como se hacían las cosas, no se conocía otra forma.

Falk lo veía de manera un poco distinta a la de los niños de la casa, pues siempre tenía que ser consciente de que había salido de la inmensa selva inhumana, tan siniestro y solitario como cualquier bestia salvaje que rondara por ella, y que todo lo que había aprendido en la Casa de Zove era como una única vela ardiendo en un gran campo de oscuridad.

Durante el desayuno (pan, queso de leche de cabra y cerveza oscura), Metock le pidió que lo acompañara a los ciervos-ciegos. Aquello le gustó a Falk. El hermano mayor era un cazador muy hábil y él estaba aprendiendo a serlo. La caza les daba, por fin, un territorio común. Pero el señor de la casa intervino:

—Llévate a Kai, hoy, hijo mío. Quiero hablar con Falk.

Cada persona de la casa tenía su propia habitación como estudio o taller y para dormir cuando helaba. La de Zove era pequeña, alta e iluminada, con ventanas que daban al oeste, al norte y al este. Mientras contemplaba el bosque más allá de los matorrales y barbechos de los campos, el señor dijo:

—Parth te vio allí, cerca de esa haya, creo. Hace cinco años y medio. ¡Hace mucho tiempo! ¿No es hora de que hablemos?

—Tal vez lo sea, señor —dijo Falk con timidez.

—Es difícil asegurarlo, pero supongo que cuando llegaste tenías unos veinticinco años. ¿Qué tienes ahora de esos veinticinco años?

Falk extendió la mano izquierda un momento.

—Un anillo —dijo.

—¿Y el recuerdo de una montaña?

—El recuerdo de un recuerdo. —Falk se encogió de hombros—. Y a menudo, como os he contado, encuentro durante un momento en mi mente el sonido de una voz, o la sensación de un movimiento, un gesto, una distancia. No encajan en los recuerdos de mi vida aquí con vosotros. Pero no forman un conjunto, no tienen significado.

Zove se sentó junto a la ventana y le indicó con un gesto a Falk que hiciera lo mismo.

—No tenías que crecer, ya. Tus habilidades motoras generales no tenían igual. Pero, de todos modos, has aprendido con sorprendente rapidez. Me he preguntado si los shing, al controlar la genética humana en los antiguos tiempos y deshacerse de tantos de nosotros al colonizarnos, nos seleccionaron para ser dóciles y estúpidos, y que tú quizá vienes de alguna raza mutante que de algún modo escapó al control. Fuera lo que fueses, eras un hombre muy inteligente... Y ahora vuelves a serlo. Y me gustaría saber qué piensas de tu misterioso pasado.

Falk guardó silencio un instante. Era un hombre bajo y fornido, su rostro vivo y expresivo parecía ahora sombrío o aprensivo, reflejando sus sentimientos con la misma franqueza que el rostro de un niño. Por fin, tras hacer visible acopio de valor, dijo:

—Cuando estudiaba con Ranya el verano pasado, me mostró en qué difiero de la norma genética humana. Son solo uno o dos detalles de una hélice, una diferencia muy pequeña. Como la que hay entre *wei* y *o*.

Zove alzó la cabeza con una sonrisa al oír la referencia al Canon que fascinaba a Falk, pero el joven no sonreía.

—Sin embargo —continuó—, soy inconfundiblemente no humano. Puede que sea una rareza, o un mutante producido por accidente o intencionalmente, descartado por los experimentadores... No lo sabemos. Prefiero pensar que soy un alienígena de otro mundo. Eso significaría que al menos no soy la única criatura de mi clase en el universo.

—¿Qué te hace estar seguro de que hay otros mundos habitados?

Falk alzó la cabeza, sorprendido, pasando de inmediato de la credulidad del niño a la lógica del hombre adulto.

—¿Hay motivos para pensar que los otros mundos de la Liga fueron destruidos?

—¿Hay motivos para pensar que existieron alguna vez?

—Eso me enseñaste tú, y los libros, las historias...

—¿Las crees? ¿Crees todo lo que te contamos?

—¿Qué más puedo creer? —se ruborizó—. ¿Por qué ibais a mentirme?

—Podríamos mentirte día y noche en todo, por dos motivos: porque somos shing o porque pensamos que los sirves.

Hubo una pausa.

—Y yo podría servirlos y no saberlo nunca —dijo Falk, agachando la cabeza.

—Posiblemente —dijo el señor—. Debes considerar esa posibilidad, Falk. Entre nosotros, Metock ha creído siempre que eres una mente programada, como la llaman. Pero da lo mismo, nunca te ha mentido. Ninguno de nosotros lo ha hecho, a sabiendas. El poeta del río dijo hace mil años: «En la

verdad se encuentra el hombre...». —Zove declamó las palabras con fruición, luego se echó a reír—. Era un mentiroso, como todos los poetas. Bueno, te hemos contado las verdades y hechos que conocemos, Falk. Pero tal vez no todas las suposiciones y las leyendas, la materia que viene antes de los hechos...

—¿Cómo podríais enseñarme eso?

—No podríamos. Aprendiste a ver el mundo en algún otro lugar..., en otro mundo, tal vez. Pudimos ayudarte a convertirte de nuevo en un hombre, pero no pudimos darte una auténtica infancia. Eso solo se tiene una vez...

—Me siento bastante infantil entre vosotros —dijo Falk con sombrío pesar.

—No eres infantil. Eres un hombre sin experiencia. Eres un tullido, porque no hay niño en ti, Falk. Has sido arrancado de tus raíces, de tu fuente. ¿Puedes decir que este es tu hogar?

—No —respondió Falk, con un respingo—. He sido muy feliz aquí —añadió luego.

El señor de la casa hizo una pequeña pausa, pero continuó con su interrogatorio.

—¿Crees que nuestra vida aquí es buena, que seguimos un buen camino para que lo transiten los hombres?

—Sí.

—Dime otra cosa. ¿Quién es tu enemigo?

—Los shing.

—¿Por qué?

—Destruyeron la Liga de Todos los Mundos, les quitaron a los hombres la libertad y la capacidad de decisión, acabaron con todas las obras del hombre,

detuvieron la evolución de la raza. Son tiranos y mentirosos.

—Pero no nos impiden llevar nuestra buena vida aquí.

—Estamos ocultos, vivimos apartados, por eso nos dejan en paz. Si intentáramos construir alguna de las grandes máquinas, si nos reuniéramos en grupos, ciudades o naciones para hacer algún gran trabajo juntos, entonces los shing se infiltrarían y destruirían el trabajo y nos dispersarían. ¡Solo te digo lo que me dijisteis y creí, señor!

—Lo sé. Me preguntaba si tras el hecho habían sentido tal vez la... leyenda, supongo, la esperanza.

Falk no respondió.

—Nos ocultamos de los shing. También nos ocultamos de lo que fuimos. ¿Lo comprendes, Falk? Vivimos bien en las casas..., bastante bien. Pero nos gobierna completamente el miedo. Hubo una época en que viajábamos en naves entre las estrellas, y ahora no nos atrevemos a alejarnos cien kilómetros de casa. Conservamos un poco de conocimiento y no hacemos nada con él. Pero una vez usamos ese conocimiento para tejer la pauta de la vida como un tapiz a través de la noche y el caos. Ampliamos las posibilidades de la vida. Hicimos la obra del hombre.

Después de otro momento de silencio Zove continuó, mientras contemplaba el brillante cielo de noviembre:

—Piensa en los mundos, los diversos hombres y bestias en ellos, las constelaciones de sus cielos, las ciudades que construyeron, sus canciones y costumbres. Todo eso se ha perdido, lo hemos perdido no-

sotros, tan completamente como tú has perdido tu infancia. ¿Qué sabemos realmente de la época de nuestra grandeza? Unos cuantos nombres de mundos y héroes, un batiburrillo de hechos que hemos intentado coser en la historia. La ley shing prohíbe matar, pero mataron el conocimiento, quemaron libros, y lo que es peor, falsificaron lo que quedaba. Cayeron en la Mentira, como siempre. No estamos seguros de nada en lo que se refiere a la Era de la Liga: ¿cuántos documentos son falsos? Hay que recordarlo, pues los shing son nuestro Enemigo. Es fácil vivir toda una vida sin ver nunca a uno de ellos... conscientemente. Como mucho, se oye pasar un aerocoché volando muy lejos. Aquí en el bosque nos dejan en paz, y puede que sea igual en toda la Tierra, aunque no lo sabemos. Nos dejan en paz mientras nos quedemos aquí, en la jaula de nuestra ignorancia y la espesura, inclinándose cuando pasan por encima de nuestras cabezas. Pero no se fían de nosotros. ¿Cómo podrían hacerlo, incluso después de mil doscientos años? No hay confianza en ellos, porque no hay verdad en ellos. No honran ningún tratado, rompen cualquier promesa, juran en falso, traicionan y mienten incansablemente; y ciertos archivos de la época de la Caída de la Liga dan a entender que podían mentir con la mente. Fue la Mentira que derrotó a todas las razas de la Liga y nos sometió a los shing. Recuerda eso, Falk. Nunca creas la verdad de nada de lo que ha dicho el Enemigo.

—Lo recordaré, señor, si alguna vez encuentro al Enemigo.

—No lo harás, a menos que vayas a buscarlo.

La aprensión del rostro de Falk dio paso a una expresión tranquila y atenta. Lo que se había estado acercando había llegado.

—Te refieres a que deje la casa —dijo.

—Lo has pensado tú ya —dijo Zove con voz igualmente tranquila.

—Sí. Pero no quiero irme. Quiero vivir aquí. Parth y yo...

Vaciló, y Zove intervino, incisivo y amable.

—Respeto el amor que ha crecido entre Parth y tú, vuestra alegría y vuestra fidelidad. Pero viniste aquí camino de otro lugar, Falk. Eres bienvenido, siempre has sido bienvenido. Tu relación con mi hija no debe engendrar hijos. Incluso así, me alegro de ello. Pero creo que el misterio de tu existencia y tu llegada aquí es grande y no debe ignorarse. Hay un camino que tienes que recorrer. Un trabajo que tienes que hacer...

—¿Qué trabajo? ¿Quién puede decírmelo?

—Lo que se nos quitó y se te robó lo tienen los shing. De eso puedes estar seguro.

En la voz de Zove había una dolorosa amargura que Falk no había oído nunca.

—¿Los que hablan sin verdad me dirán la verdad si pregunto? ¿Y cómo reconoceré lo que busco cuando lo encuentre?

Zove guardó silencio un rato, y luego dijo con su habitual calma y control:

—Me aferro a la idea, hijo mío, de que en ti se encuentra alguna esperanza para la humanidad. No me gusta renunciar a esa idea. Pero solo tú puedes

buscar tu propia verdad; y si te parece que tu camino termina aquí, entonces tal vez sea la verdad.

—Si me marchó —dijo Falk bruscamente—, ¿dejarás que Parth vaya conmigo?

—No, hijo mío.

Una niña cantaba en el jardín: la hija de cuatro años de Garra, que daba torpes volteretas en el sendero y cantaba tonterías con voz chillona. En el cielo, formando las largas V temblorosas de las grandes migraciones, bandada tras bandada de gansos salvajes volaban hacia el sur.

—Iba a ir con Metock y Thurro para traer a la prometida de Thurro —dijo Falk—. Pensábamos irnos pronto, antes de que cambie el tiempo. Si me marchó, partiré de la Casa de Ransifel.

—¿En invierno?

—Sin duda habrá casas al oeste de Ransifel donde podré pedir refugio si lo necesito.

No dijo, y Zove no lo preguntó, por qué el oeste era la dirección que iba a seguir.

—Puede que las haya, no lo sé. No sé si ofrecen refugio a los extraños como hacemos nosotros. Si vas, irás solo, y debes estar solo. Fuera de esta casa, no hay lugar seguro para ti en la Tierra.

Hablaba, como siempre, con absoluta sinceridad, y pagaba el precio de la verdad con autocontrol y dolor.

—Lo sé, señor —dijo Falk, tranquilizándolo rápidamente—. No es la seguridad lo que lamentaría...

—Te diré lo que creo de ti. Creo que viniste de un mundo perdido. Creo que no naciste en la Tierra. Creo que llegaste aquí, el primer alienígena que

regresa en mil años o más, trayéndonos un mensaje o un signo. Los shing detuvieron tu boca y te dejaron suelto en el bosque para que nadie pudiera decir que te habían matado. Viniste a nosotros. Si te marchas me apenaré y temeré por ti, sabiendo que irás solo. ¡Pero tendré esperanza por ti y por nosotros! Si tuvieras palabras para decirlas a los hombres, las recordarás al final. Tiene que haber una esperanza, una señal: no podemos seguir así eternamente.

—Tal vez mi raza no fue nunca amiga de la humanidad —dijo Falk, mirando a Zove con sus ojos amarillos—. ¿Quién sabe qué he venido a hacer aquí?

—Encontrarás a quienes lo sepan. Y entonces actuarás. No lo temo. Si estás sirviendo al Enemigo, es que lo servimos todos: todo se ha perdido y no queda nada que perder. Si no es así, entonces tienes lo que los hombres hemos perdido: un destino. Y al seguirlo puedes traernos esperanza a todos...